

PERDIGONES

GUILLERMO RIEDEMANN

EDICIONES INUBICALISTAS

*En la calle Porvenir,
para Isabel, Mayi,
Stella, Kitty*

*Los destinos individuales
carecen de importancia.*

Primo Levi

Más allá empieza el mar o termina la tierra. Ida y vuelta cruzan la frontera las ideas que tenías del principio y del final. El primero cada día más lejos no obstante el retorno al lugar que permanece en el mapa, estático en el límite amarillo de los últimos brotes de pasto que se hunde con dedos y raíces o es tragado por la boca del agua. El segundo cada día más cerca, aunque esta idea dependerá del lado de la frontera, que no es lo mismo que el punto de vista o el cristal. Porque no miras ni quieres, en vuelo de vuelta y de ida, seguro de encontrar el borde exacto y suspenderte.

Voy a terminar la mesa –dijo. Miró los trozos de pino ensamblados con tarugos y cola. Pequeñas astillas en la piel de las manos, polvo dorado en cejas y pestañas. Dispersas entre el aserrín y la tierra las herramientas van a esperar que las sombras bajen de los árboles. Los hijos menores buscaban algo en los cuartos vacíos cuando la extraña levantó la voz. Terminará la mesa un día de estos, no es sencillo hacer una mesa aunque tenga a su disposición todas las herramientas. ¿Quién dijo que escribir un poema es como hacer una? La gente dice cosas y no sabe nada. Buscar la madera, disponer de las herramientas, no garantizan el resultado. Menos derribar un árbol, aserrar, trozar, dimensionar, pulir, ensamblar, resolver los múltiples imprevistos, por pequeños que sean o parezcan. Menos si se levanta la vista y se mira en dirección al camino. Un dolor punzante al lado izquierdo del pecho, polvillo de la madera en los ojos, números de teléfonos extraviados. La mesa queda tras la casa a medio terminar. Puede llover, han anunciado lluvia, pero la ebriedad somete cualquier determinación. Alcanzó a poner algunas cosas en su sitio, guardó herramientas, en una esquina los trozos de madera sueltos, aplicó impregnante y cera antes de entrar y desplomarse sobre la cama. Al amanecer desbrozó la alambrada divisoria, podó arbustos nativos que se interponen a la vista

entre la casa y el lago. Despertaron con estampidos de fuegos artificiales. Bombas de ruido –dijeron, aviso de los bárbaros. Entonces pensó pulir lo escrito en bruto, reescribir el ensamblaje con la ilusión de pulirlo, de ver a alguien que se sienta a la mesa y lee. Vuelta la calma, un murciélago voló dentro de la casa, los hijos gritaron, hubo que abrir una puerta para que saliera. A esa hora la lluvia era continua.

En el cruce de caminos la progenitora encenderá un cigarrillo. El gesto, imitado años más tarde, será motivo de risas en casa de los anfitriones. Los murciélagos poseen sensores en las alas para corregir el vuelo. El humo del cigarrillo se mezclará con el vapor de unos tarros de leche que esperan al recolector. Una vez vacíos serán refugio de zorros nuevos, y el aire brumoso olerá a bencina o petróleo del camión que se aleja. Un remolino de polvo detrás de la colina, señas de despedida de la mujer, cachorros ocultos que devuelven la leche en tímidas arcadas. La tarde se llenará de polvo y remolinos que ascienden en fuga.

Nunca he visto un cuervo. Dicen que los cuervos sacan los ojos. Aquí hay tordos de plumas brillantes, los cuervos son más grandes. Aquí hay ebrios furiosos, también en el país de las cornejas. Furiosos y pájaros desprecian la torpeza. Los miro, los escucho, salen de cacería los ebrios, pueden arrancar los ojos, los he visto con sus escopetas entonando canciones. Me oculto entre los pinos. Entre estos árboles no hay nadie, giro en círculos y vigilo. Son inteligentes y forman pandillas. Mientras crean que me he perdido estaré a salvo.

De una patada derribé el parrón del patio de castigo. Llovieron uvas negras, volaron zorzales, llegaron celadores. Otra vez la muerte sopló cerca, el grueso poste de madera pasó a centímetros de mi cabeza. Otra vez me ponen esposas, me dan golpes con bastones en la espalda, en los brazos, en el cuello. Los condenados, descalzos, tragan uvas a manotazos como si nada, el más antiguo llena sus bolsillos, regresan a sus talleres de trabajo o a sus celdas. De una patada, como quien derriba una reja, o la urna de su padre muerto en la víspera. Me dejan solo en el patio vacío hasta que se hace de noche, como si no existiera, como si no estuviera allí, molido a palos y sin dolor alguno. Permanezco de pie en espera de algo, supongo.

Vendrán noches de insomnio. ¿Cómo ocultarle la llave al horror? Algunas noches el desvelo se situará en lugares desconocidos por completo. Salas de embarque, hoteles baratos, cuartos herméticos para fumadores. ¿Cómo esconderle al horror sus zapatos, desbaratarlo en la plaza de las suicidas frente a los ojos de padres odiados? Y tras el insomnio, defenderse de cuchillos, de fuentes sacrificiales. No ser más en la fiesta de los brujos. Incumplir la condena, resistir hasta encontrar el modo de llevar dentro aquella espesura. Aunque ese follaje, ese viento, desmelenen los espejos, irriten los ojos. Desafiar a los espectadores que apuntan con el dedo, cuando no con el pulgar hacia abajo. Resistir hasta forjar un follaje de voces que apunte al centro, una trenza de manos y pies que pasten sin pausa, y salten y corran para prolongar el universo.

No miran a los ojos. –No les creo, digo; miro el suelo, –no les creo. Escucho que hablan, no me hablan a mí, hablan entre ellos, se dicen cosas y ríen. Ni siquiera sé si me miran. No creo que me miren. Dicen cosas como sacerdotes, pero como sacerdotes ebrios, o furiosos, feroces cuando se burlan y eructan. –El que no crea, el incrédulo, el atrevido, no puede permanecer entre nosotros, debe irse, salir de aquí, esta casa no es para excéntricos. Me lo dicen a mí pero lo hablan entre ellos. Los atrevidos serán condenados, escucho. Voces mustias y afeminadas por el alcohol. Finalmente no son más que cobardes.

Entonces confundirás una cosa con otra. Un recuerdo y la imagen que pertenece a un sueño. Unas palabras escuchadas y otras encontradas en un libro, una boca que habla y unos labios que besan. Labios deseables, probablemente. Tal vez una joven desnuda a orillas del Danubio y una igual de hermosa que nada en el Trankura; quizás esa desterrada que engaña en las calles de París, una perdiz que huye o una escopeta que se dispara y borra la memoria de bosques devastados.

En el interior del cubrecama flotarán peces y plumas de perdigón. Esas cosas pasan. Por la boca de la escopeta volarán colmillos confundidos con esferas de plomo y un bote que lleva la corriente. Ya entenderás. En tu cabeza suenan bien algunas palabras secas por completo de sentido. Deberás ponerles freno. Todas las palabras y ninguna. Debes escuchar a quienes dicen –todo está nombrado. No pretendas encontrar tus propias palabras en el vuelo de plumas y perdigones.

Seguro y amenazado al mismo tiempo, un día no sabrás dónde permanecer. ¿Dentro o fuera de la vieja casa? Protegido o temeroso entre esos muros, con hermanos que se liman las uñas y leen novelas de pistoleros o reman por el Tevere al compás de Only You en su versión original. Música de fondo que se deshace. Afuera hace frío, pensarás en una vía de escape. No muerde el perro que ladra.

Aprenderás a pender de una rama. En éste o en el otro mundo verás corderos para el degüello, murciélagos cabeza abajo en el cerezo, senegaleses colgados que ofrecen réplicas de palacios del tamaño de un corazón de paloma. Cualquier niño aprende en polvorientos jardines monárquicos, ante plegadas alas oscuras, sometido a movimientos de manos y papelillos en las escalinatas del monumento a Los Héroes. Y en la Plaza San Lázaro, escucharás: el caso es que del mismo árbol crecen colmillo y corazón.

Vocales como dedos. No les temo. A primera vista parecen hojas podridas por la lluvia, cerradas en sí mismas. Tienen pequeñas patas o garras y se aferran con los dedos a la rama más delgada encima de mi cabeza. Cuelgan de una pata, los dedos son cinco, diminutos. Los miro. Entre las alas plegadas sobre el pecho ocultan la cabeza. Sigiloso me aproximo. Están dormidos, tampoco son pájaros, los pájaros no cuelgan de las ramas. Murciélagos. El mamífero de cinco vocales, como dedos. Colmillos. Me trago un corazón de paloma.

Luego sentirás los ojos inyectados en horror, verás el horror flotando sobre adoquines manchados de petróleo. Lo verás en esas flores que se inclinan, en los patios de la fiesta, en animales desollados, en bellas muchachas que para no odiar más al padre cuelgan de árboles en plazas públicas. A pocos kilómetros de jardines reales y retratos soberanos, lo verás en los recién nacidos de cabeza como si pendieran de un hilo.

Lo que está allí. A veces prefiero cerrar los ojos, contener la respiración, con los índices oprimir el trago. Igual escucho. ¿De qué se ríen? Desde mi posición veo las rosas del jardín. A la izquierda, la parte posterior de la casa. Cuando vuelvo a respirar, me llegan al mismo tiempo olores de las rosas y de la mierda de los perros. El olor del café proviene de la cocina. Cerrar los ojos, taparme los oídos, sirve de muy poco. Lo que está allí y no me gusta no deja de ser. Pienso que bien podría arreglármelas con buen olfato.

Pocos años después recogerás perdigones desplumados a la orilla del camino o en los jardines del pueblo. La perdiz y la escopeta hacen bien su trabajo. Perdigones en reversa entre cabezas de paseantes en domingo, a los pies sudorosos de turistas orientales. Alguna vez inocentes, reaparecen plomos de trumao, suspendidos en el vacío de la celda de castigo. Flotan sobre floridos jardines, ocupados hoy por miles de campesinos que huyen del vuelo de escopetas y plumas de cubrecama, confundidas para siempre en el destierro.

Esta mañana encontré crías de perdiz a la orilla del camino que baja al pueblo. Volví a mi lugar. Desde aquí el mundo puede ser según lo imagino, al menos por unas horas. A mediodía fuimos al río. El militar de ojos desorbitados cubrió a mi padre con el trumao que levantó su jeep. Los militares son los que más se ríen de los demás. Son capaces de matar a una persona, eso es lo que les enseñan. Debe ser lo que les gusta. ¿Cómo será matar a una persona? A una que odias o que te abandona. Si llegara mi turno, huiría de los que usan uniformes. Ni a los sacerdotes perdono.

La hermana será la primera en dar pistas. Los Lesquivará su cuerpo por centímetros. Tocaré la espalda del desterrado escondida de la perdiz. Guardaré el cartucho y diré recordar, sin temor aparente, el estruendo, fogonazo en noche de fiesta, grito bajo mordaza, cicuta, potro, palo de arara para colgar las palabras, que ninguna dé en el blanco. Todas las técnicas se usarán un día, que la perdiz ni se entere perdigones embarrados. Que no escuche aullidos de pájaros en asfixia, alaridos de auxilio de los que huyen sin saber qué les aguarda.

En la orilla del río. Una mujer intenta tocar mi espalda. ¿Para detenerme? ¿Para despedirse? Salgo y salto escaleras abajo. Apenas puse el dedo en el gatillo. Lo juro. El estruendo me dejó sordo, el estampido me llevó a miles de kilómetros. En la orilla del río grande hay policías con armas de guerra. Los padres abandonan a sus hijos, los niños mueren ahogados. No todas las madres lloran, todos los policías disparan. Un desconocido me toma del cuello y amarra un trapo húmedo sobre mi boca.

El bosque elegido para los desterrados será de pinos. Y abrasado dejará de ser. Las almas que lleva el diablo se sentirán acompañadas como nunca. Estas cosas suceden, suceden en el otro mundo y en éste. Habrá agujas secas, granadas como retoños que los árboles dejaran caer; trenes puntuales hacia el campo de exterminio. Y piñones, semillas del universo, en una bóveda donde solo el viento habla como si cantara, y los niños cantan como si fuese permitido soñar. Cantos gregorianos en una engréida catedral, hasta que la ciudad luminosa se desplome devorada por cuervos y desterrados.

Si el podador no toca las ramas bajas, un bosque de pinos puede ser un laberinto. Cuando se rompe una granada seca, suena como madera que se parte. La busco con la mirada, puede ser cualquiera. Siempre silbo y escucho las respuestas del viento. Esta vez no voy a silbar. Miro las púas que cubren la tierra. En este momento sería un alivio oír nada, un alivio inútil pues el estampido resuena en todo el cuerpo. En la cabeza repite amenazas, y desde allí no se ve salida posible.

La hermana dirá que salieron en búsqueda de cuervos y de un niño perdido. Ebrios o furiosos salieron, o las dos cosas. Dirá que al comienzo los cuervos señalaban el camino; que lo encontraron, que regresaron con él. Sin embargo, su versión será desmentida entonces como ahora. Esa tarde con sus sombras no vieron regresar a nadie. Elegirán no ver, creerán mejor no escuchar. Cercado de adoquines y aromas de café, los tímpanos se hincharán de terror.

En los jardines del fastuoso palacio encontrarás cuervos. Cuando los mires pensarás que buscan perdigones en la tierra seca. Como si bajo la piel de aquellos perdidos anidaran un sueño y un terror venidos del viejo mundo. Y preguntarás –cuántos eran esos altos pinos, dos o tres centenares, abetos plebeyos, por lo menos la figura de un rectángulo en la cima de la colina. Cientos de torres verdes en dirección a Dios o a la nada, que serán lo mismo; en dirección a la lluvia o al sol tras esas nubes que vuelan hace miles de años, que llevan cuervos y niños entre sus ropas.

Penan las ánimas. Tengo en mi mano un cartucho vacío. Volaron las plumas del cubrecama. Los perdigones astillaron el aire y cayó el silencio de la muerte. No sé si duermen o me miran pero no dicen nada. Saldré de casa, caminaré miles de kilómetros y nunca conseguiré alejarme. Pongo el cartucho sobre la mesa de noche. El cañón de la escopeta tiene el ánima lisa.

Desde el Arco de Constantino la escopeta apuntará otra vez a la hermana menor. En el último segundo Dios o la nada desviarán el tiro. Peligrosos perdigones en vuelo, camaradas de un bote que baja la corriente, con pescadores que olvidan sus pecados en el agua. Desde el Arco de Constantino en dirección a la Vía Apia, oteando en las alturas de las ruinas bajo un sol inclemente. Vuelo de perdigones y botellas de agua junto a la Vía, pescadores.

En la oscuridad, antes de dormir, pienso que Dios evitará todo lo malo y hará que ocurra todo lo que le pida. Quiero nadar, que la corriente del río no me arrastre, que no llueva mañana. Que las horas vuelen en segundos y después que los relojes se detengan. Pasa exactamente lo contrario; aquello que no debe terminar se esfuma en un santiamén; lo que no debería suceder se repite y se alarga como la ausencia. Si no pongo cuidado pido en voz alta, como si Dios estuviese en la habitación sentado a los pies de mi cama. Cuando oigo mi voz me ruborizo. Entonces recuerdo que todos están dormidos. Con los ojos cerrados repaso todos los nombres que conozco de Lucifer. Y me duermo.

Leo un diario viejo que servirá para encender el fuego de la salamandra. Levanto la mirada y veo al hermano mayor que se corta las uñas, dedo por dedo, cinco dedos como vocales de quiróptero. Manicurista concentrado, luego toma una lima y pule los bordes de las uñas. Una a una, primero en la mano izquierda; luego, con menos destreza, en la otra mano. Leo de nuevo. Una familia ha sido asesinada a sangre fría. Algo sobre una novela y las fotos de los autores. Con una de esas manos me regaló ayer una bofetada que ardió como rugido. Los hombres no se liman las uñas.

Hace dos o tres noches, al otro lado de los árboles, detrás de la casa, donde había un estero y un camino que llevaba al bosque, corría un río. Un caudaloso río. Navegaba un barco de pasajeros y sus chimeneas lanzaban un espeso humo, negro como locomotora a carbón. A la altura de la casa, la nave se detuvo, los pasajeros saludaron con manos y pañuelos. ¿Me saludaban a mí? Miré a los costados, miré a mi espalda, y estaba solo. ¿Me llamaban para que yo también abordara? Desde mi posición vi que los pasajeros regresaban a sus camarotes y el barco se puso de nuevo en movimiento. Lo vi alejarse, me quedé en la ventana por largo tiempo. Lo último que vi fue el humo disolviéndose.

Una tarde, que no será cualquiera, el plumaje revelará señas. Jirones de cubrecama y vuelo de perdigones arrastrados por la corriente. La vida y la muerte en las aguas del Spree, en el Memorial del Holocausto; bloques de piedra que no apagan el estampido. La sombra de un niño sobre durmientes, como si escuchara el interior de la bóveda que ha permanecido dentro de su cabeza. Años después, al abrir los ojos, verás a una mujer y dejarás de verla. Un juego inocente en apariencia. La mujer ordenará –llévenlo lejos, en el Memorial piérdanlo. Árboles de piedra, jirones de plumas, cubrecamas retorcidos de frío.

La piedra de la memoria. Nada se me escapa. Olvidar es fácil, olvidar es de cobardes. Debo recordarlo todo. Si algo parece incierto, si un día vivido, unos gestos vistos, unas promesas recibidas tropiezan y se desdibujan, me detengo. Recuperado lo que fue incierto me protejo. La memoria debe ser como una piedra, una roca que no desgastan ni las aguas ni los vientos de cualquier lugar del mundo. Se necesita coraje cuando llegan los fríos. Cuando veo los brotes de los manzanos, se necesita coraje. Pero no olvido. La memoria puede ser peligrosa. En los que eligen olvidar, se comporta como elefante en una cristalería.

Inventarás nuevos secretos. Pondrás un gato en la
mira, un pájaro negro, un puñal que astilla la puerta
y ese filo que arrasa con todo. Un desterrado dormirá
en la ribera. Su expresión vendrá a mostrar que los
perdidos causan la devastación completa de los sueños.
La mirada en el vuelo de los desplazados, por encima
de un bote que desciende inmutable, lejos del valle y
del cielo, deshilachado, a la orilla del cuerpo de agua.

Toda esa tierra. Allá arriba, detrás de esos cerros, viví hasta los 15. Bajé en búsqueda de refugio. El invierno es fiero, escasea la comida, los aviones no dejan de pasar y lanzar bombas. La mayoría se ha ido, solo van quedando los más viejos, los enfermos, los dueños de la terquedad. No hay animales casi, ni pájaros. Pronto no va a quedar nadie allá arriba. Toda esa tierra va a quedar vacía. Y seguirán zumbando los aviones, y las bombas recordarán tiempos mejores.

En los recodos, el cuerpo de agua puede ofrecer ayuda. Abrirá los brazos a los necesitados de este mundo y del otro. Habrá que limpiar la piel, sanar cardenales en hombros y piernas. Preguntar a hombre y mujer lo que han perdido; cuántos de hambre, cuántos los desaparecidos, los nombres bajo esas cruces. Mujer y hombre desnudos antes que la luz del día se aleje, antes de perder el camino de regreso y buscar alguna señal en la orilla o dejarse llevar.

Más allá de la línea de fuego. Los miro hacer una cadena humana y trasladar baldes llenos de agua entre la acequia del fondo del patio y la línea de fuego que se aproxima a la casa. No sé qué hora es. Las cañerías están secas. Visten pijamas, andan con chanclas o pantuflos, y echan voces estridentes; el agua de los baldes chorrea antes de llegar, el fuego se acerca. Desde las ventanas superiores del edificio recién construido, lanzan agua con cubos y ollas. El calor es furioso. Los miro, podemos morir calcinados. Estoy en medio del estrépito de voces pero no siento miedo. La acequia no tiene agua suficiente, gritan. Cómo haremos para apagar el incendio. Pienso que en unos segundos la hoguera arrasará con todo.

Agradecerás que exista el azar. Una frazada se
doblará de frío. Se sucederán algunas cosas. O
todas las cosas. Dejarás las ilusiones. No jugarás con
armas de fuego.

Frío en la casa. La escoba y la pala son viejas, están sucias. Tiene grasa el mango de la pala, la empuñadura de la escoba es demasiado corta y las cerdas de paja se sueltan y caen. El aserrín de las orillas está húmedo, el más seco forma un pequeño monte casi amarillo. Restos de la madera recién cortada, restos del sol en la madera antes de los hachazos. El húmedo es mejor porque se quema lentamente. La barraca está a una calle de mi casa, por dos monedas puedo llenar un saco. No sirve la viruta, el aserrín de sierra sirve. Escuché que un metro cúbico alcanza para un mes. No siento frío, no siento hambre. Solo me canso. El invierno es aburrido aquí.

Tras la explosión el cuarto será un gallinero. Cientos de plumas en el aire y cacareo en algún lugar de la cabeza. Tendrás que salir de allí o dejarte llevar. Caer de boca sobre la gallinaza. Observar en los dormideros al gallo con un ojo abierto y un huevo que brilla en medio de la mierda. Casi una creación divina o mágica. Jóvenes sirios sospechosos, vigilados por policías con armas de guerra. Plumas y cuervos en la Glorieta de la Reina. El cacareo puede ser insoportable.

No decimos lo que pensamos. Si lo hiciéramos, qué pensarían. Cuando me preguntan qué estoy pensando, respondo –nada. Una vez conocí a una mujer que no pensaba, o pensaba en nada. La vi sentada en un pequeño muro frente a su casa, en silencio y sola. Le pregunté –en qué estás pensando, ella ni siquiera respondió. Por años pensé que esa mujer no pensaba pero un día entendí. Pudo pensar, por ejemplo –qué pregunta tonta. Ni siquiera me miró esa vez. Nunca la volví a ver. Me enseñó que no decimos lo que pensamos, que si lo hiciéramos podrían pensar de nosotros lo que se les ocurriera, y no lo dirían.

Deberás buscar refugio fuera de ese espacio que hiede. Las esquinas de la ciudad imperial se llenarán de basura. La densidad del aire se tomará las calles. Mejor flotar con pensamientos cerca de la orilla. Esas aguas no preguntan, se encogen de sed con pequeños guijarros relucientes que parecen decir algo.

Flotará una pluma y se perderá en la corriente entre los arbustos. Los cubrecamas despertarán empapados. Vomitará la boca de la escopeta y todos beberán la sangre del cordero. Apartado, lo atarán de patas y manos, lo colgarán y posarán para la fotografía como si estuviesen en los Jardines del Vaticano. Se acercarán con un cuchillo y darán la orden de poner una fuente bajo su cabeza. Dos segundos después chorrearán la sangre y el horror. Intentarás pensar en las ovejas derribadas por el peso de la lana, en cuervos de palacios desplomados, en jardines invadidos por tipos de sotana, en niños que nunca aprenden a nadar.

Almuerzo de domingo. Desde aquí parece cuervo, murciélago con los brazos cruzados sobre el pecho. Con los brazos abiertos parece crucifijo, cruz fija en la pared del dormitorio. Hemos muerto para el mundo, por eso el color de nuestra vestimenta, confiesa con un cuchillo carnicero en la mano. Y da cortes precisos a los invitados. Pone la misma mano sobre mi cuello y lo escucho decir –el hábito es también símbolo de pobreza. Da pasos rápidos como si huyera, levanta polvo con el dobléz, se aleja con todos sus misterios.

Un escopetazo no será nada en la mañana de verano. El aeropuerto puede quedar oculto en la neblina, puede llover en el otro mundo, pero todo seguirá igual. Los celadores aparentarán que un perdigonazo no es nada en la mañana de verano. Después de todo eso, que huya la perdiz no llamará la atención de nadie. Que el bote sea llevado río abajo será cosa del agua. Las señales del camino se dejarán ver en cualquier lugar si resistes. Persistir en el ocultamiento será un error, seguir adelante como asunto de sobrevivencia.

Desperto en una casa que no conozco. Oigo voces en un idioma extraño. De pronto, las voces y el idioma resultan familiares. Una pareja joven vive en esa casa; ella es rubia, él tiene rasgos polinésicos. Juegan ajedrez y toman fotografías. Preparan café negro, comemos tostadas con mantequilla de un sabor nuevo. No sé cómo he llegado hasta aquí. He olvidado algo, en pocos segundos recuerdo, un pensamiento es seguido por otros y las voces suenan cada vez más conocidas. He escuchado estas voces, tal vez lo que reconozco es el idioma. Si pudiera, te diría todo está bien a pesar de no entender absolutamente nada.

Todas las palabras y ninguna, como partículas de saliva que se despiden y caen deshechas. Será perdido mucho, se desvanecerá el aplomo de las crías de perdiz desterradas al nacer, hasta asumir, aun en medio del bosque de pinos, que todo se ha perdido. El bosque, ese lugar sin bordes, quilas que apuntarán directamente a los ojos y trazarán una línea roja en el cielo.

Sueño con púas en el fondo de un pozo. Trampa vietnamita, puntas de bambú, varas de quila al acecho. Los ebrios y los sacerdotes me siguen de cerca, levantan horquetas, gritan y maldicen. Quiero correr y mis piernas no se mueven, entonces caigo en la celada. El aguijón de una vara golpea mi ojo derecho. Acaricia mi cara una mujer de cofia, corona de las cuidadoras de los desterrados. Me acerca un espejo, con el ojo izquierdo miro el tumefacto párpado derecho que se entreabre para mostrar la esclerótica bañada en sangre. Perderé un ojo, le digo; ella sonrío y me deja un beso en la frente. La miro con el ojo izquierdo, con lo que me queda del otro cuando sale, cierra la puerta y no vuelve.

Las embarcaciones no soportarán el peso de los desplazados. Quienes no sepan nadar, perecerán. A ningún monarca le va a importar si vienen del otro mundo o de éste, si los botes son de madera o de caucho, si cruzan el mar o bajan el Toltén. Todos los navegantes serán perseguidos. Perdigones abandonados antes de aprender a volar. Las alas no pueden con ese cuerpo y se derrumban. Se desploman una vez más, desterrados, un puñado de pólvora será suficiente, y un cartucho. Los ruidosos escopetazos son inevitables. Recordarás a la hermana que te levanta en brazos, tan alto como un pino tan alto que se mira todo de una manera nueva, aterradora, calibre 16.

En el cruce de los caminos, con la última luz de la tarde, veo venir la camioneta que debería llevarme lejos. Un camino en la dirección que quiero seguir, el otro de regreso al lugar de los mudos. No me sale palabra ni miro a los ojos. No me hacen la pregunta que quiero escuchar. En vilo me alzan los brazos de la que esperaba, y miro la inestabilidad del horizonte en sombras. No hay indecisión en los gestos, vuelvo a tierra, la camioneta se aleja por el camino prohibido. Me engulle la zozobra del condenado, ni siquiera vale la pena derramar lágrimas. Cierro los ojos y no quiero volver a abrirlos.

Extraviados en un aeropuerto, abandonados en una ciudad desconocida, perdidos al cruzar una calle, errarán sin rumbo los expulsados. En un silencioso viento llegarán olores a perfumes baratos, a sudoroso dolor en las manos. Quién sabe si dolor de golpear o de asir o de soltar. Romperán en llanto al colgar la toalla y la cabeza por una ventana en la Bergasse. De nuevo los ojos, miles de ojos en un camino imaginado y sin salida.

Con el aire que ingresa por la nariz entran los nombres de las cosas, y la hora y el lugar en que me hallo. Me ponen a prueba con un trozo de tela adhesiva sobre los párpados, y encima me cubren con una capucha de saco. Siempre sé dónde estoy, no me desorientan; todo tiene su olor, hasta los pensamientos. Un tren detenido a la orilla del río Imperial, una celda en la cárcel de alta seguridad, una cama aislada en la enfermería del campo. Y el tufo de los desterrados, todos esos aromas; las emanaciones del sudor, la pestilencia del estiércol de cada animal, y de los humanos. El hedor de los expulsados y la peste del odio. Un vaho tibio que no es sino sangre, y el disimulado olor de la traición.

Primero se pasa del calor al frío y en unos segundos el calor vuelve. Escalofríos, sudores helados, tercianas en una cama de un hotel barato. Arañas en el cielo raso de la casa del bosque. Lo verás en un sueño vivamente. Lo soñarás en un avión sobre el mar. Lo vivirás como una huida a la silenciosa espesura de los pinos. Lo escribirás desde el horror.

No me quité la ropa. Pasmado de frío, dormí unas horas y la fiebre me despertó. Enciendo la luz de la mesa de noche, el silencio de las sombras sube la temperatura. Apago la luz y escucho los golpes del corazón que busca una salida. El calor es excesivo, grados de abandono o niveles tóxicos en una casa demasiado grande para hospedar a uno solo de los refugiados. La noche se irá, como la fiebre. Se quedarán las sombras, persistirán los golpes.

Dispararán sin mirar el objetivo, ni el color de los bordes, los relieves, el conjunto. Será ir, avanzar, digitar el obturador y golpear con los codos a los desplazados. Los golpeados no tomarán fotografías. Pondrán el ojo sin comprender aún que será el primero de varios intentos por mantenerse a salvo. Resistirán el fuego de gritos invisibles, sin hablar, sin rebeldía ante la tortura de los anfitriones. Esos predecesores que dormirán la siesta de la sangre del cordero en las galerías subterráneas del Museo Vaticano.

Mi pequeño arsenal de guerra, armas de ataque y defensivas; una para cada presa, todas con una misión especial, objetivos inconfesables los de mi arsenal secreto. Una honda, un trozo con forma de Y cortado de una rama del cerezo. Un rifle de aire comprimido, piedras en una caja de zapatos oculta bajo la cama, y un puñal encontrado en la bodega de los vinos. Con la honda no le doy a los zorzales, carezco de destreza, las piedras rebotan en mis dedos y una nube de vergüenza acaba con el entusiasmo. Los postones pueden ser más eficaces, soy dueño de ojo agudo y buen pulso. He visto caer pájaros este verano. Temo a la escopeta de los predecesores, a los mortíferos cartuchos, al estruendo del disparo, a los conejos despedazados por las municiones. Debo cuidarme de no traspasar la línea de fuego, nadie está a salvo según enseña la experiencia. Y de la pistola del militar que ronda de noche, sediento de víctimas y prisioneros. Con el puñal podría repeler a los bastones que se agitan y silban cerca de mi cabeza. Contra las varillas no hice nada, qué podía hacer con esos varillazos en las piernas desnudas. Entonces tuve la idea del pequeño arsenal. Pero la inferioridad numérica me derrota, usan amarras y nudos y bozales. Someter es la misión de los vigilantes. Instalan trampas en cualquier esquina, los azotes son parte del paisaje diario. En los pocos momentos de descanso, saco mi puñal y dibujo palabras sueltas en la pared de este cuarto frío y húmedo.

Y no será sino después de repetidos golpes que los infiltrados propinen, después de foganazos y cortes a cuchillo, estos los más violentos, que ese primer intento resultará inútil como todos los que habrán de venir. Inútil como el sentido de las palabras, como el significado de las cosas.

Se equivocan si esperan que les demos en el gusto, que respetemos esas reglas de las que nos enteramos los refugiados al cruzar la calle, subir un cerro, nadar desnudos en los ríos. Carece de sentido una existencia en un país rodeado de muros. No les daremos satisfacción. Serán derribados y ellos lo saben; seremos justamente nosotros quienes convertiremos en polvo todas las murallas. Excéntricos y atrevidos, nos moteja el hombre de báculo y repiten a coro como resortes los jueces. Escribimos nuestros manifiestos en la palma de las manos. Hablamos en voz baja, ensayamos un código de señas. Nos besamos en las esquinas, los miramos a los ojos y sonreímos.

Contengo la respiración cuando la veo venir. Contener la respiración es detener el tiempo; sé que es imposible, pero lo hago. La camioneta último modelo no se detiene con su padre al volante. Ella me sigue desde sus ojos y me los deja hasta el día siguiente. Entonces vuelvo a respirar. Llevo meses haciendo esto todas las mañanas. Cada mañana parece la primera vez. No sé quién es, cuál es su nombre, y no importa. Me levanto para verla. Vuelvo a respirar solo para verla al día siguiente. Ella me revela la inquietante belleza.

Condenado con barro en las rodillas. El mismo gesto al llegar y en la despedida. Sangrará la herida, el dolor estrujará las sábanas, hecho un ovillo contra la pared, perdigón de mejillas asaltadas por rubor helado. Entonces creerás nada tiene sentido. La tormenta de aquel verano fue el anuncio. La lucha entre los árboles y el viento era a muerte. La lluvia agujereaba la tierra, las nubes reventaban plumas, hojas, lanas de cordero, trozos desprendidos del planeta.

Hoy ha regresado la mujer de cofia. Temprano en la mañana, con expresión seria. Fueron unos pocos días, no más de treinta años que no supe nada, que no volví a verla. Y ahora casi no separa los labios para decir –no perderás el ojo, ese ojo bañado en sangre, perderás el pie, será necesario amputar. Eso que ves ahí es gangrena, la herida en la trampa vietnamita pulverizó el hueso, no hay nada más que hacer. No sé si decir algo, si debo preguntar algo, qué podría decir y a quién, ha dejado la cofia sobre la cama y otra vez se ha marchado. Ni siquiera pude mirarla a los ojos. No siento pie ni cuerpo, entran y salen uniformes quirúrgicos, todo carece de interés.

Por vencido no te darás, los senegaleses no se rinden en el Campo de Marte, ni los cuervos que picotean las bolsas de desechos. Sobrevivir puede ser un viaje de turismo desde la orilla más oscura, el lugar de los que resisten la fiebre y la sed. A pesar de la quila trepadora, imitación bambú y arqueada, que esperó por el ojo derecho. Afilada y en punta se clavó a traición cuando el sol hacía otras promesas. No te darás por vencido, no lo oirás de ningún labio. Tal vez será solo el canto de los cuervos, nada de ruisseñores. Ni lo pensarás. Esto también sucede si decides sobrevivir. Un ojo huérfano, un ojo derramado, el Campo de Marte tomado por inmigrantes. Replegarse como velas de nave a la deriva, o murciélagos que cuelgan del árbol. Recoger las cuerdas, lanzar un ancla entre las sombras cerradas de sotanas.

Salgo a cazar murciélagos con mi bota ortopédica. Espero que el alcohol haga su efecto. En cuanto escucho los primeros ronquidos me deslizo escaleras abajo y cruzo el portón a esa hora sin llave. Cada tarde al hacerlo pienso como hoy en la niña de la silla de ruedas que buscaba la puerta de salida. Si pudiera la invitaría a cazar quirópteros colgados de las ramas del cerezo. En el caluroso verano el sol murmura en lentas ondas, los perros duermen a la sombra. Esos lejanos retoños del Vampiro de la Noche son doblegados por la luz y el calor, parece que se hubieran quitado la vida. Momento propicio para asestarles un certero golpe de bota en nombre de la niña que no puede caminar.

Bambú o caña o quila, el derrame será el mismo; así como la celebración agitada de los procreadores, de la joven de cofia, del anciano iracundo y su campana. Refriega a muerte entre el viento y los árboles. Ráfagas, ramas como aspas, turbinas desenfrenadas, brazos abiertos pero no en rendición. A punto de elevarse sobre las copas de los árboles que el viento somete. Y los perros y el parche de filibustero que hace compañía a ojos cerrados.

Primero me enamoré de una amiga. Solo hablábamos por teléfono, pero varias veces al día. Cuando la vi se acabó el amor porque tenía nariz demasiado grande aunque cuerpo delgado y voz dulce. Pocos meses después caí rendido con el encanto de una compañera de la secundaria que me saludaba con gestos de su mano desde la ventana del séptimo piso donde se ocultaba con su familia. No pasó mucho tiempo y supe que se había marchado a Suiza porque los militares mataban izquierdistas. Creo que en ese momento quise que me mataran por izquierdista pero muy pocos me conocían o tal vez no les importaba. Amé perdidamente a la niña que caminaba de la mano del psiquiatra como si ese señor de paso altivo fuese su padre. Los seguía por la calle principal a prudente distancia, admiraba sus colores en distintos tonos lila, la fragilidad de su cuerpo y sobre todo sus ojos entornados. Mirar sus ojos me ayudaba a olvidar a una mujer que dijo amarme y tenía el doble de mi edad. Las mujeres nos aman para dejarnos. Si hubiese hablado noruego hace años que no estaría aquí. Si supiera cantar me dedicaría a la lírica. Recuerdo que cantaba La Traviata y me venían ganas de llorar sin saber por qué. Amo tu mano tibia en mi mano fría, tú lo sabes. Todavía podemos mirar las olas en la costa del Pacífico, aunque miles de kilómetros nos separen para siempre.

Se verá todo tan normal que terminará por ser normal. No en cosa de horas, no en cuestión de días. Este punto toma años y se mete bajo la piel como una capa de grasa. Una tela que los dejará ciegos aunque consideren lo contrario. Otra superficie bajo la superficie. Una cubierta gris que ocultará manchas y papeles sucios. Polvo acumulado en los rincones, huellas de pasos sigilosos, escupos y restos de buitres descompuestos.

Le digo –pueden guardar si quieren los desperdicios que acumularon como hábiles coleccionistas. Desbordar la bodega en el fondo del patio con sus esperpénticos recuerdos, objetos inútiles, pedazos de otros, fragmentos de lo que fue un día un verano de corderos degollados. Reminiscencias de círculos de fuego alrededor de niñas que estiran sus faldas para ocultar el temblor de sus piernas. El futuro no existe más para ellos. La vuelvo a mirar y le digo todo esto; su talón hecho trizas toca mi pie, la fractura nos mantiene unidos. Nunca estaremos solos nosotros.

Llegará la hora del equipaje. Cierres rotos, maletas latadas con viejos cinturones, canastos y cajas de sombreros llenas de trapos y zapatos. Mantas y abrigos, viáticos del anciano vuelto piedra en el cruce de caminos. La férrea línea del tren apuntará en dirección al norte. Miles de refugiados se sofocarán en los andenes. El sol colgado encima del planeta plegará sus alas detrás de los árboles. Te sentirás descompuesto, paralizado, con un atado de ropas demasiado estrechas en un extremo del andén, separado de la manada, lejos de los encargados del viaje. Nadie dirá palabra, ni los que saben, ni los que hablan día y noche. Nadie hará una señal, nadie mirará a los ojos y algo se dará por concluido. El destino o el futuro reposarán la mejilla en la ventana sucia de hollín. Atrapado entre los fierros, desterrado, comenzarás a balbucir sonidos que colgarán de tu boca.

Olvido mi camisa a medianoche en el jardín de una casa familiar pero desconocida. Una cosa por otra, el pasto verde y la apariencia del abandono. Me muevo por las calles del pueblo con el torso desnudo y no encuentro el camino de regreso. La camisa es una prenda valiosa, la memoria de las calles ha perdido valor; tal vez estoy en medio de un laberinto sin la menor señal del rumbo de salida. El lóbulo acuchillado cuelga de la oreja. El corazón se precipita, puedo ver sus golpes en el pecho, reconozco una luz, veo una mano que levanta el pulgar y se deshace. El pueblo tiene cuatro calles, la noche es interminable.

Cruzarás un túnel y luego un puente sobre el Collileufu. Entrarás casi a ciegas en una calle de un solo sentido. Desde techos altos verás nítidamente multitudes en los andenes de una estación de trenes en ruinas, una fachada de ladrillos y costras de sangre. Verás otra vez corderos y suicidas, ancianos de gruesos abrigos, niños asustados y mudos. Luego descubrirás un parque. Cerca del Calle-Calle o del Tevere los incrédulos ofertarán íconos a orientales sedientos y con prisa. Retornará el olor a humo de locomotora, olor a ciudad sin luz, visión de niñas que serán madres de hermanos rezagados. Ingresarás a un recinto con puertas de acceso y salida a primera vista semejantes. Te arderán los ojos demasiado abiertos; al salir llamará tu atención un perdiguero. Le pondrás un nombre.

Anton está tendido en la tierra frente a la puerta. Me mira, apoya la cabeza en el suelo, entre las manos; los ojos a medio abrir, avergonzado. Lo que quiere es que lo deje entrar. Le perdí la pista esta mañana; se escapó en un segundo de descuido y pensé que no volvería. El día se ahogó de silencio, roto dos o tres veces por una manzana que caía de madura. Tiene el pelo como alguien que se revuelca en la tierra o juega una tarde entera a policía y ladrón. De quien olvida la compostura por seguir el instinto. Pero ha vuelto. No todos hacen lo mismo. La más contenta será la dama del perrito.

A diez cuadras de la estación el aire seguirá espeso, se oirán aún los soplidos de locomotoras alemanas del año 20. Silbatos fríos, largas sombras como sotanas. Nadie cuidará el pasto, con un baño de latón y el hombre que hace de padre al centro del patio. Entonces se estremecerá la tierra, las chimeneas de piedra caerán dentro de las casas, se pulverizarán las vírgenes de yeso, huirán los encargados. El hogar de dos plantas, estufa sin aserrín y mampara, será casa de vida disipada. Tienda de licor y barbería en la planta baja, un puterío las habitaciones de los desplazados. Te preguntarán, quién fornicaba en el cuarto donde despertaba sudoroso de fiebre el condenado, en la cama meada por uno de los perdidos. Qué ropas hay tiradas por el suelo, dónde se ocultan los fantasmas, esos progenitores que lo saben todo. Qué pensarían si pudieran.

Pata de cabra no labra. En la madrugada hebras de
sombra. Lumbre y espalda. Brisa breve y pozo. La
pala labra. Abracadabra.

El párroco no echará en falta al perdigón. La mujer de cofia dejará su puesto sin ofrecer disculpas. Al menos en la ciudad no venderán escopetas, tampoco rifles de aire comprimido. Las hondas estarán prohibidas. Volarán perdices por todo lo alto. El perro caminará con la nariz pegada al suelo. Famélico, capaz de esperar echado en la puerta de la escuela a los alumnos castigados. Destrozará a tarascones las chaquetas de quienes entren de noche al recinto de los fantasmas. Esos que entran disfrazados de sombra a robar cabezas de niño, manzanas doradas tan grandes que no caben en una mano. En medio de la noche ladrará el perdiguero. Un niño de éste o del otro mundo encontrará en el peligro el único camino para salir adelante. Después de la poda, el tocón no soportará a nadie. El gajo seco servirá de leña. Los padres morirán, los colgados subirán peldaño a peldaño las escaleras de la Estación San Lázaro. Las viejas calles de aquí y de allá amanecerán lavadas por la lluvia que regresa. Los alguaciles plegarán sus alas y envejecerán ante las manos de una niña que sentirá enamorado su corazón de paloma.

El tren sale de la estación a la hora cero. Todos los trenes se atrasan, éste es el más puntual del mundo. Un convoy de dos o tres coches, máquina a vapor, fogonero y maquinista con impecables gorras rojas. En otros tiempos, arrastraba más de veinte carros de animales llenos de familias agonizantes. Los coches son antiguos pero uno se sienta cómodamente y mira por la ventanilla los potreros y los pueblos que se alejan o quedan atrás. Siempre será bueno recordarlos. Hoy abordaré el tren, sin equipaje, con una vieja camisa, con un boleto de ida, sin ningún plan de regreso.

En el cruce de caminos se formará una columna de refugiados. Los predecesores quedarán atrás, estáticos, boquiabiertos, con restos de hilachas entre las manos, con hilachas de dientes en remolino alrededor de sus cuchillos. De sus candados mohosos caerán las llaves, anfitriones inmóviles, incrédulos los ojos en esos que se quitarán las ropas y se lanzarán al río. Sin saber nadar, cantarán en la despedida de los amigos que viajan al país que los espera. Rodeados de pestilencia acumulada por décadas, el estiércol mezclado con pasto seco será útil más tarde, y los últimos lo usarán para fertilizar la tierra. Luego caerá una delgada lluvia en medio de la estación abandonada. Las costras de sangre resbalarán por el muro hasta deshacer la mancha. En la esquina de esa calle escribirán sobre una piedra los nombres de quienes no alcancen a llegar. Los brazos del cuerpo de agua se abrirán para recibir a los desterrados. Desde el muñón de esa familia caducifolia caerás de rodillas entre sollozos. Te pondrás de pie. Verás un conejo en la plaza de los bienvenidos.

Ahora me muevo alrededor de un imperfecto círculo de césped, rodeado de arbustos bajos, ni enteramente verdes, ni completamente secos; algo así como pasto y hojas en mitad del verano. Un círculo imperfecto en lo que queda de lo que fue, en el centro de la ciudad, a metros del ruinoso portal de la estación de los trenes que partían al campo de trabajo o exterminio. Veo un conejo de pelo marrón que busca alimento y come briznas de pasto. Un conejo que juega y salta indiferente a los ruidos de la ciudad y a mi presencia, que se mueve al ritmo del corazón de un hombre que pedalea y silba una canción de bienvenida.

La hora de regresar llega un día y no da señales. Nada de anuncios en los movimientos. Hojas, labios, manos, árboles guardaron el secreto hasta que se volvió sílaba, balbuceo y palabra; una que estuvo años al borde del acantilado como si durmiera pacíficamente. Fija y muda en lugares misteriosos. Pero ella también es una palabra. Hora de regreso y ella se reúnen, o se funden, son una misma cosa.

Ayer podías ver los brazos que te rodeaban sólo por estar allí, el lago y los cerros, agua y árboles en forma alrededor de la casa que fue desalojada a empujones. Un golpe de viento y ceniza hundió el norte de la techumbre. La mujer lo ha reparado y todas las mañanas da escobazos en la puerta trasera para ahuyentar la inquieta presencia de los que ya no están, de los que ayer no más subían y bajaban las brillosas escaleras. Los brazos se aproximan y ya no pueden tocarte, van y vuelven entre el lago y los cerros. Las ondas de agua y espuma saltan y se desploman. Los árboles observan al otro lado de la casa, a veces se inclinan ante el paso de la mujer sola.

Soy el primero en salir de la cama cuando escucho los golpes en la puerta. Tendidos en el piso, con la cabeza al borde de la escalera para mirarlas, sus voces detienen los relojes. Creo que los golpes en la puerta me despertaron, creo que soñaba con ellas; entran en la casa y la voz de los ebrios enmudece. Sabemos que ellas hablan en voz alta y ríen para nosotros, aunque no nos vean están seguras que miramos y escuchamos. El mundo se ha detenido, no estamos solos, podemos volver a dormirnos para encontrarlas.

A Guido Eytel y David Bustos

COLOFÓN

EDICIONESINUBICALISTAS@GMAIL.COM

EDICIONES

PERDIGONES © GUILLERMO RIEDEMANN.
RPI N°265.732, ISBN 978-956-9301-20-9,
FUE EDITADO EN LOS TALLERES INUBICALIS-
TAS DE BARRIO PUERTO, VALPARAÍSO. PARA
LOS INTERIORES SE UTILIZÓ PAPEL BOND
AHUESADO DE 80 G Y DÚPLEX DE 250 G
CON LAMINADO OPACO PARA LA PORTADA.
SE IMPRIMIERON 350 EJEMPLARES EN
EL MES DE DICIEMBRE DEL AÑO 2016.

INUBICALISTAS

WWW.EDICIONESINUBICALISTAS.CL

